

LA CUENCA MEDITERRÁNEA

EL AGUA COMO NÚCLEO DE TODOS LOS CONFLICTOS FUTUROS



SAMI NAÏR

CATEDRÁTICO DE CIENCIAS POLÍTICAS.

DELEGADO INTERMINISTERIAL PARA EL CODESARROLLO
Y MIGRACIÓN INTERNACIONAL DEL GOBIERNO DE FRANCIA

Mediados los setenta, advertir de los peligros que acechaban al Mediterráneo habría sido generalmente aceptado como alarmista y absurdo. Hoy es un compromiso y un deber. El desastre ecológico no es sólo una amenaza grave que se cierne sobre la región sino una probabilidad cada día más abonada. La degradación marina se acelera y la contaminación del litoral es más evidente desde entonces. Uno de cada seis petroleros del mundo transita por el *Mar Nostrum* y algunas ciudades de su entorno vierten en él más de la mitad de sus aguas sucias. Asimismo, la contaminación de los ríos que desembocan en él (especialmente el Po) y la contaminación aérea de la Europa industrial (Norte y Este) contribuyen con un 50 por ciento a la acumulación de depósitos metálicos pesados, mucho más peligrosos que la contaminación biológica costera.

Afortunadamente esta siniestrabilidad no afecta de igual modo a todo el Mediterráneo: el Bósforo, en el Este, añade a este cuadro una fuerte presión demográfica y la intensificación del tráfico marítimo, sin mencionar la ausencia de una política medioambiental; el Adriático, por su parte, sin plantas de depuración, es la zona más degradada por la contaminación del Po. Las amenazas no son tampoco despreciables en el interior. Sin orden de prioridad, siguen a continuación las más relevantes:

– El crecimiento demográfico incontrolado, locali-

zado en el Este y al Sur del Mediterráneo, influye de modo muy negativo en el desarrollo económico de ambas zonas amenazando directamente el medio ambiente.

– El crecimiento urbano, incrementado tanto por la explosión demográfica como por el éxodo rural, acompañado de una industrialización concentrada, será en otros veinticinco años, según las previsiones más optimistas, cinco veces más rápido que el sufrido por Europa en siglo y medio (1800-1950).

– El consumo de energía, asociado a los fenómenos descritos anteriormente, se quintuplicará igualmente en el próximo cuarto de siglo, en un contexto económico necesitado imperiosamente de políticas rigurosas para frenar la emisión de gases de efecto invernadero.

– La desertificación, incrementada con la combinación de nuevas técnicas agrícolas, industrialización y urbanización incontroladas.

– Crecimiento caótico del turismo como responsable directo de la degradación litoral, que tiende a convertirse en uno de los principales elementos de “especialización” económica de las dos orillas.

– Finalmente, pero no en último lugar, el grave problema del agua constituye por sí solo un hecho social total. Todo apunta a que en breve se convertirá en el núcleo principal de todos los conflictos políticos en esta región.



Venecia. Foto: Javier Caballero.

En este sentido, el contraste entre Norte y Sur es flagrante. El Norte recibe más del 85 por ciento de las precipitaciones y tiene el 95 por ciento de los flujos interiores (ríos y aguas subterráneas propias). Tanto los recursos de agua renovable por año y habitante como el índice de explotación (desequilibradísimos entre Europa y Magreb) reflejan esta situación. Algunos países (Malta, Libia, Israel) viven de su capital-agua (las capas freáticas) y a partir del año 2000 Argelia y Túnez utilizarán la totalidad de su capacidad acuífera, lo que agravará la situación general del Magreb.

Pero la situación ya es grave en el Machrek. Una primera zona afectaría a Turquía, que controla las fuentes

del Éufrates y Tigris, de los que viven Siria, Irak e Israel, cuya estrategia militar no se puede dissociar de la preocupación por controlar las fuentes de suministro de agua. Desde la guerra de hace treinta años, Israel controla los dos principales afluentes sirios del Jordán y los acuíferos de los territorios palestinos ocupados de Cisjordania, excluidos categóricamente en las conversaciones de paz. Por otra parte, con la ocupación del Líbano desde 1978 y 1982, Israel controla otros tres afluentes del Jordán.

Los palestinos de Cisjordania sólo disfrutaban del 17 por ciento de las capas freáticas de la región. El 83 por ciento restante es confiscado para cubrir un tercio de las necesidades de la población israelí.

El agua no ha sido objeto de entendimiento entre las partes. Sobre el terreno impera la ley del más fuerte. El futuro de Oriente Medio, especialmente la región israelo-palestina, depende totalmente de la cooperación y la gestión de este asunto. Según Elías Salamech, de la Universidad de Ammán, si no se transforma la actual política de explotación del agua, los recursos del Jordán se agotarán en una década.

Ni las políticas nacionales, ni las estrategias bilaterales ni la cooperación multilateral están a la altura de los problemas planteados por esta situación. Hasta el momento, ninguno de los países ribereños ha adoptado el medioambiente como una variable económica estratégica. Los intentos de saneamiento siguen siendo muy débiles, tanto en la economía de energía y agua como en el control y gestión del crecimiento demográfico y urbano. El Este y Sur mediterráneos han incrementado su evidente retraso respecto al Norte en estos dos planos anteriormente mencionados, por razones tanto políticas como culturales.

En el plano bilateral, apenas existen otros mecanismos que los de compensación o ayuda, destinados a socorrer a los países del Sur amenazados por un peligro inminente como a tranquilizar la conciencia de los países donantes. Es fácil constatar la irrelevante implicación de los países ribereños del Norte en una cuestión que les afecta directamente.

La cooperación multilateral limita su estrategia a la financiación de proyectos de investigación. Su principal punto débil es de orden financiero. Por otra parte, cuando existe esta cooperación está muy alejada de las políticas nacionales sin las cuales no puede realizarse ningún progreso serio a escala regional. Aunque marginal, la eficaz contribución de las ONG es uno de los aspectos positivos de este apoyo a la cooperación.

Por otra parte, las respuestas que aportan los programas y medidas adoptadas en nuestra década en el Plan de Acción para el Mediterráneo no sólo son insuficientes,

no están a la altura de los desafíos. Sería más inteligente y eficaz definir una serie de objetivos prioritarios y una estrategia común de los Estados, ayudados por organismos internacionales y regionales, aunque ello suponga tomar decisiones frecuentemente contrarias a las de las empresas privadas y la filosofía dogmáticamente liberal en la que se fundamenta la Unión Europea.

¿Cómo frenar la degradación del litoral y garantizar su protección sin enfrentarse al mercado privado de la construcción y del turismo de masa, ambos predadores y destructores de los equilibrios eco-ambientales?

¿Cómo reducir la contaminación atmosférica sin una reglamentación severa de vehículos que habrá que imponer a los grandes fabricantes de vehículos?

¿Cómo limitar el recalentamiento de la atmósfera, ligado al consumo energético, sin imponer costosas reconversiones económicas desde el punto de vista financiero y social?

¿Cómo impedir la urbanización salvaje si no se recompensa el codesarrollo y se acentúa el reparto geográfico que privilegie las ciudades pequeñas y medianas? En poco más de una década el incremento del índice de urbanización alcanzará un 80 por ciento.

Sin un compromiso decisivo, el agua y el aire seguirán siendo las principales víctimas de la ideología ultraliberal que triunfa en ambas orillas mediterráneas.



Dunas piramidales de Libia. Cortesía NOA.